

con decisión un enorme paquete de medidas para levantar la economía cifrado en unos 130.000 millones de dólares (más de un 1 por ciento del PIB norteamericano), que incluye ayudas para la reconstrucción de Nueva York, reducciones de impuestos a las empresas, aumento del subsidio de desempleo, ayudas a las líneas aéreas... De la noche a la mañana se ha pasado del monetarismo neoliberal al más puro keynesianismo. Además, la guerra hará que los pedidos a la industria militar tomen el relevo de la maltrecha "nueva economía". Los beneficiarios se llaman General Dynamics, Boeing, Honeywell, Lockheed Martin,

Northrop Grumman, la propia IBM... Es probable que la combinación guerra-Keynes ponga fin a la recesión.

¿Y la economía afgana? ¿Y la economía del Tercer Mundo? Nadie se preocupa de ellas en serio, a pesar de que muchos han señalado estos días a la miseria y la humillación que sufren los países más pobres como causas profundas de los atentados terroristas. Haría falta un gigantesco Plan Marshall para luchar, de verdad, por el desarrollo. En una época de globalización, Keynes debería aplicarse globalmente. Pero parece que nos gusta más gastar en armas. ¿Aprenderemos algún día? □

El alma de Europa

‘Un suplemento de alma para Europa" reivindica Jacques Delors en los días del acuerdo para la creación del euro. El proceso de unificación europea había nacido en la posguerra para una causa tan alta como la de garantizar la paz e impedir que nunca más se repitiera en el continente un episodio como el nazismo. ¿Pura mística? Quizá no. Pero en cualquier caso la Europa de los "padres fundadores" tenía un espíritu que era el motor último de la integración. Durante estos últimos años previos a la unión monetaria, en cambio, la Unión Europea parece haberse convertido en un proyecto meramente tecnocrático, sin otro objetivo que garantizar el nivel de vida material de una sociedad que a menudo diríase incapaz de entregarse a otra vocación que no sea la del consumismo.

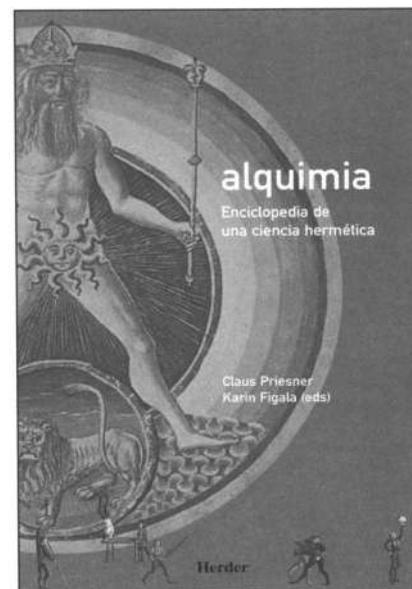
Recuerdo un europarlamentario en el hemiciclo de Estrasburgo, en otoño de 1996, que recitaba la siguiente cantinela, muy común por entonces: "Hasta hoy, hasta Kohl y Mitterrand, la Unión ha estado siempre en manos políticos marcados por la tragedia de la Segunda Guerra Mundial. Ahora nos enfrentamos a un cambio generacional: los nuevos líderes ya no tienen memoria de la contienda. ¿Adónde nos llevarán, si ya no pueden tener la misma comprensión del origen histórico de la Europa unida? ¿Quizá está Europa a la espera de un nuevo destino, ahora que el destino originario, esto es, la paz entre las naciones del continente, ha sido ya garantizado?"

TONI COMÍN

¿Cuál debería ser hoy el alma de Europa? Las encrucijadas inmediatas de la Unión están claras: la Unión Política y la ampliación al Este. El escenario es también evidente: la globalización neoliberal, con sus disfunciones económicas y culturales, que ahora se están haciendo patentes del modo más dramático posible. Sabemos los retos, sabemos el contexto, pero ¿y el alma? ¿Cuál es el alma? He aquí una respuesta: el alma es la de siempre, esto es, la paz y el rechazo del totalitarismo. Lo único que debemos hacer es pensarla de acuerdo con la nueva realidad.

Ciertamente, la paz dentro del continente es ya un objetivo cumplido. Pero, visto que las guerras mundiales empezaron como guerras europeas, la paz en Europa también quería decir, de algún modo, la paz en el mundo. Ahora que la UE se enfrenta a este nuevo tipo de conflicto en el que el enemigo es una escurridiza red terrorista transnacional —la cual, no lo olvidemos nunca, vive de una épica y muere por una causa— quizá sea el momento de hacerse unas cuantas preguntas nuevas acerca de la paz mundial. Como ésta: ¿es realmente la OTAN —una coalición militar exclusivamente occidental— el mejor instrumento para garantizar la seguridad global? Sin ella, ¿qué alternativas tiene la Unión? ¿Avanzar en el camino de una defensa propia, para alcanzar algún día su autonomía militar e independizar de una vez su política exterior de los Estados Unidos? Pero, ¿acaso no sería mejor asumir que la interdependencia es un hecho irreversible? Y, en este caso, ¿lo lógico no es empujar hacia la construcción de una estructura de seguridad realmente multilateral, es

Herder



CLAUS PRIESNER / KARIN FIGALA

ALQUIMIA ENCICLOPEDIA DE UNA CIENCIA HERMÉTICA

El lector encontrará aquí la alquimia en toda su complejidad, no como un mero producto de la fantasía de antiguos soñadores, sino como lo que ciertamente fue: una ciencia de la Naturaleza, fundamentada en el pensamiento metafísico del humanismo antiguo. En este sentido, esta enciclopedia se proclama como un intento de resituar a la alquimia en el lugar que merece: entre las ciencias humanísticas y naturales. Con más de 200 entradas, numerosas ilustraciones y un índice exhaustivo, el lector podrá formarse una idea de los personajes, las materias, los símbolos y las ideas que definen lo que es fundamentalmente la alquimia: una doctrina acerca del sentido y la esencia de la creación, y del lugar que ocupa el hombre en la Naturaleza y el Cosmos.

14,1 x 21,6 cm, 528 págs., tapa dura, tela
ISBN 84-254-2137-3

www.herder-sa.com

NUEVA

colección albatros

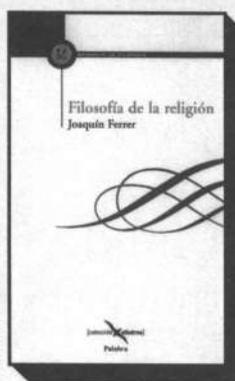
Manuales de filosofía que ponen al alcance de todos, y especialmente de los universitarios, los elementos centrales de la cultura filosófica

PABLO BLANCO

En este libro, se busca un acercamiento a las preguntas más frecuentes sobre el arte y la belleza y las diversas teorías que a lo largo de la historia se han elaborado acerca de la estética



9,70 euros
1.614 ptas.



JOAQUÍN FERRER

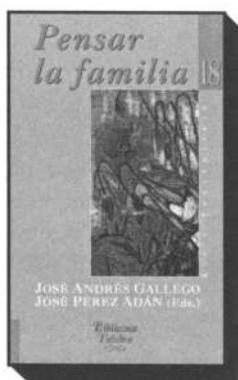
El autor analiza el concepto de la filosofía de la religión entendida como relación entre el sujeto finito y Dios y establece los elementos centrales de la religión desde el punto de vista antropológico, social e histórico

15,50 euros
2.579 ptas.

Colección

Biblioteca Palabra

JOSÉ ANDRÉS GALLEGO Y JOSÉ PÉREZ ADÁN (eds.)



15 euros
2.496 ptas.

Esta obra, coordinada por dos especialistas, ofrece muchas propuestas, análisis, investigaciones y luces sobre el gran tema de la familia. De gran utilidad para todos aquellos que se esfuerzan por reforzar el papel de la familia en nuestra sociedad

Ediciones Palabra, S.A.

Pº. de la Castellana, 210. 28046 MADRID .
91350 77 39 y 91350 77 20 - Fax: 91359 02 30
e-mail: comercial@edicionespalabra.es
www.edicionespalabra.es

decir, una policía internacional bajo responsabilidad política de la ONU, en la que se puedan implicar todos los grandes países del mundo y de quien dependa la desarticulación de aquellas redes que atentan contra los derechos humanos?

Diríamos que la buena es la última opción. Obligaría a profundizar el diálogo entre las distintas civilizaciones sobre la mutua comprensión de los derechos humanos, algo hoy más necesario que nunca. Y obligaría a sus defensores occidentales a respetarlos siempre, y no sólo cuando les conviene. Y, en último término, seguramente obligaría a democratizar las estructuras de poder de la propia ONU. Esto es, pues, lo que le pedimos a Europa, ante este nuevo conflicto entre Occidente y los grupos islamistas radicales que acapara la atención del mundo: que apunte hacia la construcción de una seguridad internacional de alcance verdaderamente universal, por encima de los Estados. Su legado ilustrado así se lo exige.

Lo realmente preocupante es que la UE apoye de manera incondicional una estrategia que por ahora consiste, sobre todo, en que el país más poderoso y rico del mundo (Estados Unidos) bombardee al país más pobre y con la historia reciente más desgraciada (Afganistán). ¿No había otra manera de echar a los talibán? ¿Ni otro modo de impedir las masacres de Al Qaeda? De la UE esperamos más. No esperamos su participación en una coalición militar que sigue recordando la imagen *hobbesiana* del estado de naturaleza: la guerra de todos contra todos o, mejor dicho, de unos Estados (aunque sean muchos y fuertes) contra otros (aunque sean pocos y débiles). De la UE esperamos la creación de un derecho y unas estructuras jurídicas supranacionales, con capacidad para perseguir cualquier tipo de crimen –por cierto, también los crímenes financieros– en nombre de toda la *comunidad*, que no de una *coalición*, internacional.

Luego está el rechazo del totalitarismo o, lo que es lo mismo, garantizar la supervivencia de la democracia. No nos referimos al exterior, sino sobre todo al interior de la UE. Ahora mismo, en Europa lo queremos todo: riqueza y buena conciencia. Pero todo no se puede. No se puede tener globalización neoliberal fuera –para que nos garantice la riqueza– y democracia puertas adentro –para que nos garantice la buena conciencia.

Esta globalización, tal como va hoy, es fuente de desigualdades increíbles entre el Occidente rico (más las elites del Sur) y el Tercer Mundo pobre (más el cuarto mundo del Norte). Y la desigual-

dad es fuente segura de inmigración. Hay un círculo vicioso difícil de romper entre pobreza y crecimiento demográfico. Tener hijos, a menudo, es lo único que tienen a mano las familias de los países subdesarrollados para defenderse de su situación de pobreza. Sin embargo, esto hace crecer la población más rápidamente que la economía, y así la pobreza todavía se agrava más. Más población, cada vez más pobre: ésta es la causa primera de la inmigración que recibe Europa. ¿Cuál ha sido la reacción de la UE ante esta invasión pacífica? De momento, hemos visto lo que han hecho en los últimos años las democracias cristianas: en Austria pactar con Haider, que es xenófobo; en Italia con Berlusconi, Bossi y Fini, que no ofrecen la mejor credencial antiracista; en Alemania oponerse a la nacionalización de los turcos de segunda generación; en España imponer una ley de extranjería imperdonable. ¿Es todo esto una señal de salud democrática? Más bien no.

Si con el nivel actual de presión demográfica Europa ya está tentada de caer en la tentación xenófoba, ¿qué no pasará en un futuro próximo, cuando el desequilibrio demográfico entre el Norte y el Sur sea mucho mayor? Sólo regulando la economía mundial, creando estructuras de redistribución de la economía mundial, invirtiendo seriamente en salud y educación en el Sur, haciendo un verdadero plan Marshall global –pero esta vez no contra el comunismo sino contra la pobreza– podremos remitir los flujos migratorios. Y sólo creando estructuras de democracia global podremos frenar los desequilibrios económicos entre el Norte y el Sur. Por esto, es imprescindible construir la democracia en el mundo –una democracia cosmopolita, como dice Held– para que sobreviva la democracia en Europa. Esto es: sin democracia global, cada vez será menos viable la democracia nacional (o regional).

Ahora que se adentra hacia la Unión Política, diríamos que a la UE le esperan altas misiones en medio de “un mundo desbocado”, como lo ha adjetivado Giddens acertadamente. Construir una policía global para garantizar la paz; construir una democracia global capaz de gobernar la economía mundial, para evitar las desigualdades que están en las raíces del nuevo fascismo –¿qué otra cosa es sino la xenofobia? Para todas estas cosas debería servir la Unión Política. Es decir, para que Europa conserve el alma. Porque al final acabamos en lo de siempre: en que uno sólo se salva a sí mismo si es capaz de contribuir a la salvación del mundo. □